

dad a Guayasamin, aquí en Madrid y también en Barcelona. Recuerdo que fue en aquella bienal hispanoamericana —en sus preliminares— que acabó concediéndole a él el gran premio de pintura. Estábamos de acuerdo él y yo entonces, supongo que también ahora, en muchas cosas fundamentales. Sobre todo, en el destino creador de la América virgen y, fundamentalmente, en el proyecto democrático para nuestros pueblos... Luego, las cosas se complicaron para todos. Yo tuve que ir cuatro veces a la cárcel y fui detenido muchas veces, pues mi proyecto de un destino democrático para España no parecía muy ortodoxo. Y nuestra América... Lo pienso y no puedo contener mi propia cólera. La tradición liberal y democrática de esos pueblos, que era muy larga y muy sólida, ha sido rota por los salvadores de patrias que tanto han proliferado en América.

A Guayasamin no lo he visto aún desde que llegó de nuevo. Alguna noticia de él me llegó desde América. Sé, por ejemplo, que, como yo, tuvo el honor de ser amigo y retratista de aquel hombre —Hombre, con mayúscula—, honra de América y del mundo, que fue el Presidente Allende... No, no lo he visto aún; pero estoy seguro de



"Paisaje de Quito", de Guayasamin.

que permanecerá firme en "sus trece". En cuanto a mí, aquí lo espero. Yo ya estoy más tranquilo. Parece que los españoles tenemos una tregua y que ya vamos en camino de la democracia. No parece que yo ya tenga que volver a la cárcel por los mismos motivos que estuve antes. Tranquilo...

Oleos de Guayasamin

Galería Altex. Madrid

Ahora me acuerdo del significado de ese nombre quechua, Guayasamin. Significaba —significa— ave blanca que vuela. Y ahora me acuerdo también

de uno de sus cuadros de aquellos tiempos. Era una ciudad, enclavada en una naturaleza abrupta —Quito, la ciudad de Guayasamin— y sobre toda ella se cernía la sombra de un gran pajarraco, el cual no era visible en sí mismo; no se veía más que su sombra. Ese pájaro y esa sombra —me lo explicaba Osvaldo— era el ave negra de la desgracia cerniéndose sobre la ciudad de "los quitus", la tribu andina de la civilización del Teuantisuyo, a la que el mismo Guayasamin pertenece en una altísima proporción por lo menos sanguínea.

Yo no sé si su dimensión de pintor le venía de la fuerte impregnación india de su sangre, o le llegaba de su ramalazo blanco. Pero sospecho un ori-

gen más bien de lo primero, pues la suya era, y es, una cultura de artistas. Y estoy hablando de impregnaciones raciales refiriéndome a un hombre que no cultivaba —que no cultivaba, estoy seguro— ningún tipo de racismo, por lo que pudiera tener, aunque lejano, algo de fermento fascistoide. Pero Guayasamin era, y es, un indio y se sentía muy bien, tocado por todos los síntomas y peculiaridades de su casta.

Pero lo que sí era fundamentalmente es un pintor. Tenía como tal una gran musculatura de ello. Y él mismo era muy consciente de su poderío en ese orden cuando, muchas noches en las que "el trago" campeaba, por broma o por lo que sea, se lanzaba a un retrato veloz de algún amigo presente, y al cabo de poco más o menos media hora quedaba magnífico.

Ahora, al cabo de los años, al volver a encontrarme con esa pintura amiga, le redescubrí los viejos caracteres, aunque, desde luego, queden algo levemente soterrados por un magisterio que, evidentemente, se ha ido desarrollando en ese tiempo. Hay peculiaridades genuinas de un pintor que no pueden desaparecer con el tiempo: se es como se es, desde el principio al fin... Y desde luego, lo más visible en Guayasamin, que une a su magisterio de entonces con el de ahora, es eso que he llamado "su musculatura pictórica". Y algo también evidente: un cierto fermento dramático, tal vez trágico en ocasiones, que unifica a toda su historia de pintor...

Hay una lineación quebrada en Guayasamin, que desde luego no parece —ni debe ser— independiente de ese sentido dramático que me empuja en concederle a su pintura. Una lineación quebrada... lo que quiere decir que hay una fuerte lineación: que los valores del diseño son muy evidentes en su pintura. Lo cual, naturalmente, no quiere negar ni niega su pictoricismo cromático... Sí, pero él es fundamentalmente un dibujante... Un dibujante —no hay que confundirse— que transforma en pintura a los valores de eso que llamo dibujo. Diseño, ya digo, quebrado. Lo cual no le impide que, por ejemplo, en los retratos, su dicción pictórica sea mucho más flexible, mucho menos quebrada. ■ JOSE M. MORENO GALVAN.

Convulsión en la Sociedad de Autores

La Sociedad de Autores es un cuerpo monolítico, creado por Decreto-Ley en 1941, con el fin de defender de una manera "eficaz" los derechos e intereses económicos de los autores de canciones, de teatro y de cine. Por lo visto, no ha cumplido adecuadamente su función: la burocracia —una de las agobiantes lacras del sindicalismo vertical, a cuyo sistema la Sociedad de Autores pertenece de hecho y de derecho— y el fraude institucionalizado hicieron que tal Sociedad funcionase casi más en detrimento de la mayoría de sus miembros, que en su beneficio.

En la Junta General del año pasado, algunos miembros de dicha Sociedad, pertenecientes a la sección musical —posiblemente una de las más maltratadas, como está maltratada en España la profesión del músico— plantearon tres propuestas concretas: la reforma de los estatutos, que han demostrado su poca efectividad a lo largo de los años, el cambio de sistema de recaudación y reparto de beneficios y la eliminación del voto económico; dicha cláusula de los estatutos permite votar solamente a aquellos miembros de la Sociedad de Autores que cotizan más de un millón de pesetas al mes, sistema que resulta claramente antidemocrático, y que propicia el dominio de todo el sistema por una minoría privilegiada. Por otra parte, el método vigente de recaudación y reparto de los beneficios atribuidos a cada autor por la utilización de sus obras, resultaba —como se ha demostrado más tarde— propiciatorio del fraude que se venía ejerciendo de una forma casi institucionalizada.

Para llevar a cabo estas reformas, se creó una comisión entre los autores cuyas cotizaciones son más elevadas —esto es, aquellos que podían sentirse más fuertemente

perjudicados por el mal funcionamiento de la Sociedad de Autores— dentro de la Sección Musical, pero apoyados siempre por cierto sector —sector abierto y liberal en sus apreciaciones— de la sección de Teatro y de Cinematografía. Dicha comisión descubrió, entre otras cosas, la existencia de unos fraudes que, en algún caso concreto, alcanzaban la astronómica cifra de doce millones de pesetas.

El sistema por el que tales fraudes se llevan a cabo es sencillo: Los autores de canciones ven justificadas sus cotizaciones por medio de unas hojas-programa, donde se puntualiza la frecuencia con que sus canciones han sido reproducidas, y la cantidad de dinero que les corresponde por ello. Pues bien, muchas de estas hojas han sido falsificadas, atribuyéndose los beneficios a productos fantasma, cuyo autor percibía el importe de los derechos debidos a otros.

En la última Junta General, celebrada el día 31 de mayo, las propuestas que antes he enumerado, defendidas por Teddy Bautista, fueron aprobadas en una sesión que podría calificarse de tormentosa. La Sociedad de Autores Españoles está empezando a cambiar, a sanearse. Una institución que parecía anquilosada y atacada de la putrefacción que aqueja a casi todo el aparato sindical o parasindical —pues, aunque la Sociedad de Autores no sea un sindicato propiamente dicho, ejerce en cierto modo sus funciones, ya que representa los intereses de unos determinados trabajadores frente a quienes los emplean— del franquismo, empieza lentamente a renovarse. Se ha dado un paso adelante, que desde luego no será el último. ■ E. H. L.